



Miradas

Fue hace 160 años...

El origen de las especies. Primera edición.

En junio de 1858, Charles Robert Darwin recibió una carta acompañada por un excepcional trabajo titulado “Sobre la tendencia de las variedades a apartarse de forma indefinida del tipo original”. Estaba firmada por un joven naturalista, Alfred Russel Wallace. La misiva, enviada desde el archipiélago malayo, parecía deshacer dos décadas de trabajo, de reflexiones y de insomnios. Incluso parecía disolver la angustia que se apoderó de su existencia cuando tuvo la certeza de que, con cada palabra escrita para exponer su teoría, “confesaba un crimen”.

Escritos

Hacia 1837, y tras su regreso del viaje en el *Beagle*, Darwin comenzó a esbozar sus primeras ideas sobre las razones que explicarían el origen de la diversidad biológica. Con el tiempo, esos primeros escritos fueron tomando la forma de una compleja teoría que, sin embargo –por su propia decisión–, permanecía sumida en el silencio y en la penumbra de su mundo privado. Solo compartía algunos informes con un pequeño círculo de amistades.

Darwin no pudo imaginar que tal dilación lo iba a poner frente a la perspectiva de perder el derecho a la autoría de la teoría de la selección natural como el gran mecanismo para explicar el origen de la diversidad y la adaptación de los seres vivos. Para su fortuna, sus amigos, el geólogo Charles Lyell y el botánico Robert Hooker, dieron con la solución para que se le pudiese reconocer el crédito a ambos naturalistas: se realizaría una presentación conjunta en la Sociedad Linneana del trabajo de Wallace y de un escrito de Darwin hecho en 1844. De esta forma, se podría apreciar que cada uno de ellos había llegado de manera independiente a la idea de evolución por selección natural.

El sentido de la existencia

La carta de Alfred Russel Wallace motivó a Darwin y lo obligó a concluir su obra. Sin embargo, la pregunta sobre las razones que lo llevaron a demorar la finalización de su libro no está respondida en esta reacción. Si bien no hay un único motivo, sí hay uno que resalta por sobre los demás y refiere al doloroso conflicto que conlleva su teoría al quitarle todo sentido trascendente a la existencia humana. Lejos estaba Darwin, además, de desconocer que sus ideas sostienen a la muerte como fuerza motriz del cambio: la supervivencia del más apto contiene a su contraparte, la extinción.

Para comprender este drama del pensamiento, hemos de sumergirnos en una escena de la película *Creation*¹. Se trata de un diálogo en el que Darwin cuestiona la teodicea del reverendo John Brodie Innes:

–Charles. Charles, mi viejo amigo, ahí estás. ¿Puedo unirme a ti?

–Sí, sí. Por supuesto.

–La señora Darwin me ha hablado de ese libro que estás escribiendo.

–Oh, no, no, ya no. Gracias a Dios.

–¿Quieres decir que lo has acabado?

–En verdad, se ha terminado para mí. El señor Alfred Russel Wallace ha llegado de manera independiente a la misma y exacta opinión expresada por mí, pero lo ha hecho en apenas veinte páginas. Eso es breve. Yo tengo hasta el momento doscientos cincuenta y he llegado a un callejón sin salida, así he perdido veinte años de mi vida en un proyecto del cual ahora debo deshacerme.

–Bien, el Señor se mueve por caminos misteriosos.

¹ *Creation*, de Jon Amiel (2009).

–Sí, lo hace, ¿verdad? ¿Sabe?, comentaba el otro día cómo Él nos ha dado todo en su bendita generosidad, no con una, sino con novecientas especies de gusanos intestinales cada uno con su propia manera de infiltrarse en la mucosa y hacerse paso a través del torrente sanguíneo. Y en el amor que deposita en las mariposas mediante la invención de una avispa que pone sus huevos dentro de la carne viva de las orugas.

–He dicho en muchas ocasiones que no nos corresponde especular sobre sus razones.

–No, eso se lo podemos dejar al señor Wallace. Debería recomendarle una estancia en el extranjero, ¿no crees? Con sus opiniones, si muestra su cara por aquí, se le podría exigir que se arrodille en sal de roca.

Darwin

El darwinismo es la base sobre la que se edificó la biología moderna, pero, tal como lo enunciarnos, es una teoría conflictiva porque porta en su seno la imposibilidad de cualquier perspectiva teleológica sobre el devenir humano. Dicho de otra forma, es imposible desde esta teoría sostener que existe finalidad alguna para la existencia del hombre. Puede que, por esta razón, el entendimiento profundo del darwinismo, más allá de los círculos académicos, haya sido difícil y que sus significados más profundos no puedan ser absorbidos por nuestra cultura. Quizás, la severidad de este punto logre comprenderse si abandonamos el mundo social y nos sumergimos, por un momento, en el universo personal de Darwin y los malestares físicos que lo acompañaron durante su vida. Janet Browne establece una relación entre las dolencias que sufría Darwin y su empeño por explicar el origen de la diversidad biológica como consecuencia de un cambio permanente impulsado por el ciego mecanismo de la selección natural:

Es difícil decir hasta dónde se encontraba todo aquello ligado al perturbador contenido de la teoría de la evolución o a su defensa del origen de las especies. Estos factores debieron de jugar un papel crucial, llenar sus días de obstáculos y preocupaciones. Tuvo que haber pensado en los puntos de vista religiosos de su mujer, con el recuerdo de la carta que ella le había hecho llegar acerca de su fe al poco tiempo de casarse [...]. En una carta más reciente, ella le había contado que estaba convencida de que “el sufrimiento y la enfermedad tienen la finalidad de ayudarnos a elevar nuestras mentes y desear con esperanza un estado ulterior”. Darwin sabía que él no era capaz de aquello.

¿Cómo podía imponer el sufrimiento un Dios bondadoso? Él no podía compartir la fe de ella o suscribir su creencia de que el sufrimiento llevaba a la redención.²

En su obra *Darwin*, el paleontólogo Niles Eldredge completa esta descripción de la siguiente forma:

Una de las definiciones posibles de conciencia es el conocimiento de la propia finitud. Todo el mundo sabe que nuestra especie es la única cuyos individuos son conscientes de que, tarde o temprano, van a morir. Es un precio alto a pagar por la fabulosa capacidad de ser conscientes de nuestra propia existencia y el privilegio de intentar dar sentido al mundo –y a la vida– mientras estamos en él. Como todos, Charles Darwin era temeroso en cuestiones de salud y lo aterraba la idea de su propia muerte. Sin embargo, como muchos otros hombres y mujeres, aceptó con calma y resignación el decaimiento de su salud y la llegada de la muerte. Pese al terror que le tenía a su propia muerte y la paralización que le produjo durante veinte años el trabajo silencioso y en la sombra con sus ideas evolucionistas secretas (“como si confesara un crimen”), Darwin logró dominar sus miedos y decirle al mundo lo que pensaba y por qué pensaba así. La revolución que inició se completó en el mundo científico poco después de la publicación de *El origen de las especies*, en 1859. El hecho de que esa misma revolución sólo se haya realizado a medias no debería sorprendernos demasiado.³

La revolución darwiniana

Sin duda, la darwiniana es una revolución inconclusa, tal como afirma Eldredge, y puede que permanezca de esta forma: como una herida que no puede cerrar. Debemos ser conscientes de esta cuestión a la hora de enseñar. Por supuesto que no es dable aceptar ningún tipo de censura sobre la posibilidad de debatir la evolución en las escuelas porque es parte de nuestro acervo cultural y porque, sin su estudio, es imposible entender los enormes desafíos que nos plantean hoy tanto la biología como la medicina. Sin embargo, no debemos soslayar la dificultad que enunciarnos.

² Browne, J. (2009). *Charles Darwin. El poder del lugar*. Valencia: Universitat de Valencia, p. 309.

³ Eldredge, N. (2009). *Darwin. El descubrimiento del árbol de la vida*. Buenos Aires: Katz, p. 226.

De hecho, y como reflexión final, podemos preguntarnos si el párrafo con el que Darwin cierra *El origen de las especies* no fue una forma de limitar el sentido de su propia teoría, una concesión contra la idea que muestra al universo de lo viviente como un mundo frío y sin sentido:

Es interesante contemplar un enmarañado ribazo cubierto por muchas plantas de varias clases, con aves que cantan en los matorrales, con diferentes insectos que revolotean y con gusanos que se arrastran entre la tierra húmeda, y reflexionar que estas formas, primorosamente construidas, tan diferentes entre sí, y que dependen mutuamente de modos tan complejos, han sido producidas por leyes que obran a nuestro alrededor.

Estas leyes, tomadas en un sentido más amplio, son: la de crecimiento con reproducción; la de herencia, que casi está comprendida en la de reproducción; la de variación por la acción directa e indirecta de las condiciones de vida y por el uso y desuso; una razón del aumento, tan elevada, tan grande, que conduce a una lucha por la vida, y como consecuencia a la selección natural, que determina la divergencia de caracteres y la extinción de las formas menos perfeccionadas. Así, la cosa más elevada que somos capaces de concebir, o sea, la producción de los animales superiores, resulta directamente de la guerra de la naturaleza, del hambre y de la muerte. Hay grandeza en esta concepción de que la vida, con sus diferentes fuerzas, ha sido alentada por el Creador en un corto número de formas o en una sola, y que, mientras este planeta ha ido girando según la constante ley de la gravitación, se han desarrollado y se están desarrollando, a partir de un principio tan sencillo, infinidad de las formas más bellas y portentosas.⁴

⁴ Darwin, C. (2010). *On the origin of species*, Nueva York: Chartwell Books Inc., p. 362. La primera edición del libro de Darwin se publicó en 1859. La sexta edición, que le dio la forma definitiva al libro, corresponde al año 1872.

Revista Scholé. (2019). El origen de las especies. Primera edición. Revista Scholé 2019 (2), sección Miradas. Recuperado de schole.isep-cba.edu.ar/1859-el-origen-de-las-especies/



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/).